

# La autobiografía como documento histórico. Una experiencia docente

JORGE LAMARCA MARGALEF es profesor de literatura inglesa y norteamericana en el Departamento de Filología Anglogermánica de la Universidad «Rovira i Virgili» de Tarragona. Su último libro es *Twentieth-Century American Prose Writers* (Barcelona, PPU, 1997). Dentro del campo de los estudios autobiográficos ha publicado «Langston Hughes en España», «El yo autobiográfico en Claude McKay» y «The Autobiographical Self in Langston Hughes's *The Big Sea*». Es además autor de *Ciencia y literatura* (Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 1983), *William Faulkner. Movimiento, cambio y modificación* (Barcelona, PPU, 1989) y *The Literature of the United States. From the Colonial Period to the End of the Nineteenth Century* (Madrid, Síntesis, 1990).

ENTRE LITERATURA e historia existe un parentesco que, a partir del romanticismo, ha sido objeto de atención continua. Bien es cierto que la existencia de este vínculo no ha sido siempre del todo reconocida, pues hasta no hace mucho una parte de la historiografía dudaba que la obra de, pongamos por caso, Stendhal, Tolstoi o Galdós aportara especificidad al conocimiento de la historia. Esta misma historiografía, un tanto ensimismada por el examen interno de su propia tradición hermenéutica, invocaba la validez de sus investigaciones desde presupuestos gnoseológicos convencionales y, hasta cierto punto, previsibles.<sup>1</sup>

Hoy, en cambio, la situación es otra y se puede decir que la historia más viva en la actualidad está interesada —al menos aquella que nos llega de algunos países de habla inglesa— por el teatro, el ensayo, la novela y la autobiografía. Así pues, la enseñanza de la historia en las universidades de los Estados Unidos se lleva a cabo mediante el estudio y comentario de textos de muy diverso orden. Junto a *Documents of American History*, de Henry Steel Commager, son lecturas obligatorias, por ejemplo, *The Feminine Mystique*, de Betty Friedan y las conocidas autobiografías de Benjamin Franklin, Frederick Douglass y Andrew Carnegie; los ensayos político-sociales *Civil Disobedience*, de Henry David Thoreau, y *Why We Can't Wait*, de Martin Luther King Jr.; y también novelas.<sup>2</sup> Y es que, si la novela nos sitúa ante destinos individuales, conexos a avatares colectivos, y el ensayo, en la intersección del argumento y el debate, la autobiografía, ejercicio voluntario de la memoria personal, nos plantea un revivir efectivo: la actualización del pasado que presupone la plasmación oral o escrita del hecho recordado y de su reminiscencia. En este último sentido, Karl J. Weintraub señala: “En definitiva la vida personal sólo puede ser entendida a través de su dimensión histórica y, así su relato al tomar una forma histórica, parece hacer de la autobiografía un género histórico”<sup>3</sup>

Considerada en un sentido amplio y general, la literatura como la historia, al abrir una ventana al pasado, nos permite comprender hechos particulares y generales que, por haber ocurrido, son ya representativos de este o aquel momento, de tal o cual período. En un sentido igualmente amplio, la literatura y la historia nos brindan otra posibilidad compartida: la de llegar a conocer los vínculos existentes entre estos mismos hechos, y su evolución. De aquí que como apunta Weintraub:

Cuando se estudia el fenómeno de la autobiografía desde las consideraciones anteriores (dimensión histórica), lo más acertado es buscar, dentro del amplio campo de obras autobiográficas, aquella forma de autobiografía específica en la que el autor, considerando su vida como un proceso de interacción con el mundo coexistente, acomete la tarea de darle forma a la visión retrospectiva de una parte significativa de la misma. Esta forma autobiográfica en particular podría ser considerada la esencia de la autobiografía pues se acerca en mayor medida al ideal de la autobiografía como un género con una dimensión histórica importante.<sup>4</sup>

Pero la literatura y la historia tienen maneras distintas de enfocar los hechos y las cosas, modos distintos —a nadie se le escapa— de percepción y de interpretación, de procedimiento y de intencionalidad. En efecto, la historia trata de encontrar respuesta en un pasado que, aun cuando se localiza irremediamente en un tiempo pretérito, es posible reconstruir a través de vestigios, documentos y testimonios varios. En cambio, la especificidad de la literatura, si tal cualidad existe, es otra. Sobrevuela lo meramente constatable, más allá de lo real y objetivo, va por encima de los hechos tal como realmente ocurrieron. Esta especial indeterminación, el escritor se ocupa de transmitirla y reflejarla, mediante un particular uso del lenguaje, intenso y transgresor.<sup>5</sup>

De ahí, de este particular uso que el escritor hace del lenguaje, se comprende que la aproximación historia-literatura haya constituido un proyecto disonante e incluso estéril. De ahí también, que la conjunción historia y literatura, dada su complejidad, tienda fácilmente a la imprecisión y a la vaguedad. No es mi propósito aquí entrar en un terreno tan amplio,

ni tampoco plantear los términos de dicho correlato, el cual evitando, al fin y al cabo, una resolución satisfactoria, se formula indefinidamente su propia cuestión. Más allá de cualquier planteamiento de forma, mi intención, pues, es otra. Pretendo aportar un ejemplo específico de esta posible afinidad, resultado de una situación concreta. Me refiero al momento en que el Departamento de Historia y Geografía de mi universidad, atento a las relaciones entre historia y literatura, me propuso participar en su programa de doctorado “Dinámicas sociales en tiempos de crisis”. Aceptada la propuesta, me vi entonces en la tarea de programar una asignatura cuyo contenido no sólo despertara el interés de los estudiantes de tercer ciclo, sino que, al mismo tiempo, estuviera en consonancia con mi trayectoria docente e investigadora. Ésta se había desarrollado dentro de la especialidad de Filología Inglesa, en la que con anterioridad ya había impartido cursos de postgrado sobre teoría y práctica de la autobiografía, destinados a los licenciados de Filología.

Una aproximación que me permitiría conjugar esta doble expectativa era la apuntada en el encabezamiento de este trabajo, “La autobiografía como documento histórico”, que entonces me sirvió de título para la asignatura en cuestión. Al amparo de este epígrafe, tenía la oportunidad de continuar estudiando la autobiografía, objeto propio de la literatura, desde la particularidad estilístico-lingüística, sí, pero sobre todo también, me cabía indagar la vertiente del documento *strictu sensu*. Ambas oportunidades las fundamentaría sobre la hipótesis de que, si la historia desde —digámoslo así— su posición de discurso que tiende a la verdad, debía valorar la cualidad testimonial e ilustrativa de la autobiografía, ésta, dado su amplio contenido referencial, debería contener información pertinente para el historiador. Sobre estos presupuestos, planteé finalmente el objetivo del curso en el párrafo que a continuación extraigo de la programación docente:

El objetivo fundamental de este curso se inscribe dentro del programa de doctorado “Dinámicas sociales en tiempos de crisis”, organizado por el Departamento de Historia y Geografía. La lectura y análisis de la autobiografía es una forma de estudiar la historia, no la historia entendida necesariamente

como sucesión de hechos externos y objetivables, sino aquella que el autobiógrafo, inmerso en los valores y las creencias de una determinada época incorpora en el texto ya sea de una manera consciente o inconsciente.

No obstante, este marco historia-autobiografía, aquí esbozado, era tan amplio y complejo que las diez horas de las que constaba el curso, fácilmente podían difuminar sus contornos. A las dificultades de orden práctico, se sumaban, por añadidura, otras de orden conceptual y metodológico. Por una parte, la heterogeneidad de planteamientos teóricos que desde diversos frentes han elaborado terminologías propias, no siempre comunicantes u homologables; por otra, la amplitud cronológica y la diversidad temática del propio programa "Dinámicas sociales en tiempos de crisis". Por consiguiente, y con el fin de no sobrepasar las condiciones reales, era necesario establecer una delimitación; se había de buscar una vertebración del tema en torno a discusiones específicas que, en función de análisis ya realizados, me permitieran enriquecerlos y ampliarlos con nuevas aportaciones. De este modo, la programación del curso concluía con la siguiente propuesta:

Este curso se propone estudiar las relaciones que puedan haber entre vida e historia. Una vez desarrolladas las bases teóricas del género autobiográfico se tratará el modo cómo la autobiografía constituye a la vez un acto de afirmación del yo a través de un proceso narrativo cuyo efecto final es documental y con un valor histórico.

Acotado, al fin, el propósito del curso, el siguiente paso era dar una mayor concreción a la manera cómo la relación vida e historia cabía plantearla. ¿Cuál de las múltiples motivaciones teóricas que han impulsado el estudio de la autobiografía podía ser de mayor utilidad para un licenciado en historia que, cursando un tercer ciclo de doctorado, probablemente desconocía, o había olvidado los rudimentos de la crítica literaria? Entre las polaridades "desfiguración" de Paul De Man y "el pacto autobiográfico" de Philippe Lejeune, la segunda me pareció la más adecuada para el fin. Puesto que, si Paul de Man, al insistir en los aspectos deformantes del lenguaje literario, reduce los márgenes de representatividad y objetividad de la autobiografía,

Philippe Lejeune, en cambio, con un sentido más polivalente del género, los amplía teniendo en cuenta factores relativos a la psicología y a la historia, sin descartar, no obstante, el componente simbólico y metafórico de la expresión.

Sobre el eje contractual de Lejeune —la firma, el pacto referencial, la publicación, la veracidad y la autenticidad— configuré cuatro grandes áreas temáticas: 1) Teoría del género autobiográfico, 2) La autobiografía como representación del yo, 3) Géneros afines a la autobiografía, 4) Estrategias de representación autobiográfica, 5) Autobiografía, ficción e historia. La bibliografía constaba además de los ya citados Philippe Lejeune: *El Pacto autobiográfico y otros estudios* (Madrid, 1994) y Paul De Man: "La autobiografía como desfiguración" (*Suplementos Anthropos*, 29, diciembre, 1991), Anna Caballé: *Narcisos de Tinta* (Madrid, 1995) y Georges May: *La autobiografía* (México, 1979). Asimismo añadí un número de estudios igualmente breve para quien leyera en inglés: Kathleen Ashel, ed. *Autobiography and Postmodernism* (Amherst, 1994), James Goodwin *Autobiography. The Self Made Text* (Nueva York, 1993) y Susanna Egan *Patterns of Experience in Autobiography* (Chapel Hill, 1984).

\*\*\*

El total de los alumnos matriculados subió a trece. Cada uno debía escribir un trabajo sobre una obra que previamente había sido comentada en clase. Como cabía esperar de un grupo de licenciados en historia, el énfasis recayó en los contextos culturales y sociales, si bien es cierto que ninguno de los análisis escritos olvidó el tratamiento de la biografía del personaje elegido. La lectura e interpretación de las autobiografías que se estudiaron sugerían que el correlato historia-autobiografía era sobre todo un asunto de actitud, una toma de posición ante el texto; era, en definitiva, por decirlo con palabras de Lejeune: "un modo de lectura tanto como un tipo de escritura".<sup>6</sup> A través de esta doble perspectiva, los comentarios y reflexiones de los estudiantes de postgrado emprendieron la distancia que media entre el mundo interior e intrasferible del autor y el externo, fuera de la experiencia íntima y personal.

Diez de los trece trabajos cumplieron con éxito los requisitos del curso. Tres se relacionaban con historia del arte: Elena M. Fabra lo elaboró sobre *Memòria Personal*, de Antoni Tàpies (Barcelona, Seix Barral, 1983); Sofía Mata de la Cruz, sobre *Memorias de un pintor. La pintura española en el cambio del siglo XIX al XX*, de José Nogué Massó (Tarragona, Museu d'Art Modern/Diputació de Tarragona, 1993); Anna Isabel Serra Masdeu, sobre *Salvador Dalí visto por su hermana* (Barcelona, Parsifal, 1993); y Núria Llovell Azor, sobre *Autobiografía de Alice B. Toklas*, de Gertrude Stein (Barcelona, Lumen, 1992). Tres trabajos se ocuparon de otras tantas mujeres con un papel social que no podía dejar indiferente al historiador: Roser A. Domènech Grau lo elaboró sobre *Memorias. Apuntes para la historia del tiempo en que ocupé los destinos de aya de su Majestad y Alteza Real y camarera mayor de Palacio (1841-1843)*, de María Juana de la Vega, Condesa de Espoz y Mina (Madrid, Aguilar, 1960); María Josefa Potau Martorell, sobre *Memorias de Doña Eulalia de Borbón, Infanta de España (1864-1931)* (Barcelona, Juventud, 1954); y Montserrat Duch Cartañá, sobre *Recuerdos de una vida*, de Pilar Primo de Rivera (Madrid, Dyrsa, 1983). Dos grandes hechos de la historia reciente de España fueron objeto de atención: la Guerra de Cuba, en *Del cuartel y manigua (Impressions d'un soldat)*, de Josep Carbonell y Alsina (Reus, Establiment tipografic de Fills San Juan, 1988); y el socialismo, en *Vida inquieta. Combats per un socialisme català*, de Josep Recasens i Mercadé (Barcelona, Empúries, 1985); el primero fue tratado por Jordi Ximeno Galeote, y el segundo, por Lluís-Miquel Pérez Segura. De los diez estudios que a continuación comentaré el que tal vez mejor ilustraba la doble toma de posición que Lejeune define como "un modo de lectura tanto como un tipo de escritura" era el de Ricard Ibarra Ollé, *80 anys a l'escenari o al pati de butaques (1869-1949). Records de la meua vida*, de Francesc Ballester i Castelló (Tarragona, Imp. Suc. Torres i Virgili, 1950).<sup>7</sup>

El trabajo de Elena M. Fabra, *Memoria personal*, de Antoni Tàpies fue realizado con vistas a su futura tesis doctoral que debía versar sobre la pintura de Ferran Aras i Subirats, nacido en Tortosa en 1926. Además de la utilidad inmediata, para Elena M. Fabra, las memorias de Tàpies eran una búsqueda personal que se entretecía con el aprendizaje artístico del pintor: un "medio de tomar conciencia y orien-

tarse a sí mismo". Existencia biográfica y conciencia histórica de ser hilvanan aquí una red de referencias y alusiones al arte y la cultura del siglo XX. Por ello, según Elena M. Fabra, *Memoria personal* era:

el corte transversal de un tejido social que se extiende por el espacio y por el tiempo: desde la Barcelona anterior a la Guerra Civil al Madrid Franquista, desde el París del existencialismo al Nueva York de los años cincuenta, toda una geografía de la modernidad y de la vanguardia que el autor nos describe... Es también una galería fascinante de personajes que son emblemas de nuestro tiempo: artistas e intelectuales, como Miró, Picasso, Duchamp, Brossa, Calder, Dalí, Tharrats, d'Ors.

Probablemente menos conocido para el lector de literatura memorialista sea el libro de José Nogué Massó *Memorias de un pintor. La pintura española en el cambio del siglo XIX al XX*. Quien se ocupó de su estudio, Mata de la Cruz, después de comprobar los requisitos del pacto autográfico en esta obra, destacaba el componente subjetivo del recuerdo cuya densidad, no obstante, dejaba a flote la sinceridad del protagonista. Paradójicamente, tal como apuntaba Mata de la Cruz, a pesar de las pocas referencias a hechos externos y objetivables, las memorias de José Nogué son un testimonio válido, entre otras razones, porque nos aproxima a personajes vinculados a los centros académicos oficiales de Madrid y Roma a finales del siglo XIX y principios del XX.

Un mundo artístico y personal muy distinto al de José Nogué es el de *Salvador Dalí visto por su hermana*, un ejemplo, por lo demás, muy ilustrativo de cómo la autobiografía entrecruza su propósito con los de su pariente cercano, la biografía. Las observaciones que hacía Serra Masdeu ponían de manifiesto la ausencia de anécdotas significativas que, en otras manos, hubieran pergeñado una imagen más osada y libre de los compromisos que impone el parentesco. La hermana de Dalí trae a la paleta de la memoria los factores hereditarios, las tonalidades del ambiente familiar, los años de formación escolar y la juventud, y compone, con todo estos elementos, un retrato subjetivo, incompleto y parcial; según Serra Masdeu, el de un "tímido, profundo, que de un modo lento fue disfrazando su personalidad, su existencia, a medida que cumplía años y entraba a formar parte del surrealismo". Con todo, pese a la ausencia de detalles

significativos, lo evocado por Ana María Dalí es de suma importancia para el estudioso de la obra del pintor, y complemento necesario a la biografía Dalí, de Paul Moohouse (Madrid, 1991).

Uno de los ejemplos más conocidos de lo que George May denomina "la autobiografía por interpósita persona"<sup>8</sup> es la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, donde Gertrude Stein, autora y firmante, tras declararse artificioamente incapaz de escribir su propia autobiografía, encomienda a su secretaria y amiga Alice B. Toklas que la lleve a cabo. Llovell Azor, encargada de estudiar esta obra, comentaba el uso alternado del pronombre personal así:

La autora busca un personaje importante en su vida para que ella sea el hilo conductor y transmisora de los hechos relevantes de su existencia. No se trata de alguien ficticio secundario. Es tan importante esta conexión entre las dos, hasta el punto de utilizar en muchos fragmentos la primera persona del plural.

Documento insustituible en torno a la efervescencia artística del París de comienzos de siglo, la *Autobiografía de Alice B. Toklas* supuso una lectura pertinente para alguien que, como Lovell Azor, preparaba una tesis sobre el escultor Apelles Fenosa, contemporáneo de los artistas que desfilan por las páginas de Gertrude Stein. Pero también la escritora norteamericana aportaba a la doctoranda opiniones sorprendentes, y en contradicción con las comúnmente aceptadas; por ejemplo, la que atribuye a Picasso el mérito de ser el primer cubista, y no a Braque. En cualquier caso, uno de los mayores logros de la *Autobiografía de Alice B. Toklas* radica, sin duda alguna, en la rememoración de un trasfondo cultural único e irreplicable, que fascina por igual al especialista en historia del arte como al lego en la materia.

De las diez obras analizadas, tres, sobre todo, tienen una carga documental excepcional en virtud de la posición de privilegio que sus autoras tuvieron en vida: Me refiero a *Memorias. Apuntes para la historia del tiempo en que ocupé los destinos de aya de su Majestad y Alteza Real y camarera mayor de Palacio (1841-1843)*, de María Juana de la Vega. Condesa de Espoz y Mina; *Memorias de Doña Eulalia de Borbón, Infanta de España (1864-1931)*; y *Recuerdos de una*

*vida*, de Pilar Primo de Rivera. Quien se interese en el testimonio acerca no sólo de unas vidas insignes sino también de las circunstancias de excepción que las rodean, encontrará, en estos tres volúmenes, un material rico, preciso y cautivador. Pero también la misma posición de privilegio que las autoras tuvieron tal vez lleven a ese mismo lector a preguntarse: ¿de qué clase de historia dejan constancia estas páginas?, ¿la historia, de quién?, ¿la historia de quiénes?

*Memorias. Apuntes ...*, de la Condesa de Espoz y Mina fueron analizadas por Domènec Grau quien contextualizaba el relato personal con la convulsión político-social que se produjo durante el período de la Regencia de María Cristina, entre 1833 y 1840. Para Domènec Grau, la condesa lograba dar garantía de autenticidad a su visión particular de los hechos porque la conjugaba con la transcripción literal de correspondencia privada y oficial. Estas dos perspectivas, una en complemento con la otra, enriquecen, si cabe, la evocación de escenas sobre una clase privilegiada en las que la condesa, más que protagonista, se sentía espectadora; más que participe, cronista. Por otra parte, Domènec Grau señalaba que sobre la autora planea una ideología y un recuerdo constatables, tiñendo el relato de "contagio afectivo", fruto de su adhesión al Partido Liberal y fruto de la convivencia con su padre y su marido". La condesa por voluntad propia dejaba en el tintero detalles anteriores a la fecha acotada en el título, 1841-1843, e invoca la voluntad testimonial cuando dice: "he evitado cuidadosamente alegar otras razones que no sean las del bien público: nada hablo de mí misma..."

A diferencia de las memorias de la Condesa de Espoz y Mina, las de Doña Eulalia de Borbón abarcan una cronología más amplia, con un punto de vista relativamente menos sujeto al sentido de fidelidad familiar. Potau Martorell percibía en *Memorias de Doña Eulalia de Borbón* un tono entre irónico y amable, a lo largo de una existencia singular, desde su nacimiento en Madrid hasta la proclamación de la República en la misma ciudad. Potau Martorell consideraba este libro un conjunto de crónicas de muy diversa naturaleza, sobre asuntos públicos y privados, donde tiene cabida la nota de sociedad, el relato de viajes y el retrato de costumbres así como la reflexión y el comentario profundos. El entramado de géneros desvelaba a la autora del trabajo una Eulalia de

Borbón, aunque no incómoda, sí un tanto resignada con el papel de Infanta de España. Este mismo compendio de géneros se conjugaba de un modo eficaz con la opinión de una mujer, emprendedora y decidida que nos aleja del tópico de la rancia aristócrata del siglo XIX.

A menudo ocurre que la justificación de una idea trascendente —la realización de un deseo inquebrantable, motivo fundamental de una existencia— deviene hilo conductor de muchas autobiografías, en las que de un modo voluntario se suele omitir aquello que pueda llevar al lector por otros derroteros que no sean los de dejar testimonio fidedigno. En estos casos, el autobiógrafo puede ser alguien de gran relevancia social o política, un personaje con una notable proyección pública, un protagonista de excepción de los tiempos que le tocaron vivir. Tal sucede con *Recuerdos de una vida*, de Pilar Primo de Rivera en cuya introducción se lee:

Mención especial merecerá para mí la Sección Femenina, institución nacida a impulsos de la Falange e inspirada en la autenticidad, el rigor y la inquietud revolucionaria que José Antonio infundió a su Movimiento, y que ha sido, en lo grande y en lo pequeño, norma de todo nuestro quehacer.

Duch Cartanyà, que analizó *Recuerdos de una vida*, comparaba el número de páginas dedicadas a cada una de las secciones del libro como indicativo de la unión entre *raison d'être* y acción personal. Treinta y ocho páginas, del capítulo primero al tercero, se ocupan del entorno familiar; doscientas setenta, del cuarto al veintinueve, de la Sección Femenina; y las cinco del capítulo treinta, y último, dan una valoración de conjunto. Duch Cartanyà señalaba además otros componentes de fondo y forma: la influencia de José Antonio sobre el pensamiento de su hermana Pilar, y el uso de la primera persona del pronombre personal que comparte su función gramatical con el “nosotras”, cuando la fundadora hace referencia al carácter colectivo de su gran realización, la Sección Femenina.

Uno de los episodios de la España contemporánea que ha originado un abundante caudal autobiográfico es la liquidación del imperio colonial, con la pérdida de uno de sus últimos bastiones de

ultramar, Cuba. Ximeno Galeote hacía un breve repaso de la Guerra de Cuba y su reflejo en la literatura memorialista<sup>9</sup> antes de analizar *Del Cuartel y la manigua (Impressions d'un soldat)*, de Josep Carbonell Alsina. Las memorias de Carbonell comprenden cuatro temas básicos: la familia, el ejército, la campaña militar y los dirigentes que intervinieron en el conflicto con la colonia, desde 1892, año en que el autor se traslada desde su ciudad natal, Reus, a Madrid para servir al Rey hasta su regreso de Cuba en 1897. Como en ejemplos precedentes, el lector contempla paisajes y costumbres de gran viveza e inmediatez pero que, en este caso, difuminan un tanto la semblanza biográfica del relato. Por este motivo, por el acopio de detalles y descripciones, unido al empleo de un lenguaje sencillo y eficaz, el interés de esta obra, según dice Ximeno Galeote, no habrá que buscarlo “en sus rasgos específicamente históricos, sino más bien en la observación que se hace de una situación histórica definida desde una óptica intrahistórica”.

“Una construcción del medio histórico a partir de las experiencias del propio protagonista”, así es como Pérez Segura resumía el propósito de *Vida inquieta. Combats per un socialisme català*, de Josep Recasens i Mercadé, periodista y escritor de Reus que fuera secretario de la Federación Catalana del PSOE y fundador del semanario *La Justicia Social*. Recasens i Mercadé empezó la redacción de sus memorias, a las que califica de “confesiones confidenciales” tras salir de las cárceles franquistas en 1943. Las circunstancias políticas tiñen estas confesiones de desencanto rayano en el pesimismo, y la confidencialidad parece elevarse en un tono de silenciada queja. Así parece desprenderse del siguiente fragmento de *Vida inquieta* que Pérez Segura cita en su trabajo:

Incluso la ironía ha hecho enmudecer, a veces, mi legítimo anhelo de recordar momentos, hechos y emociones. Episodios e historias que, si para muchos no tienen valor alguno, hacen que quien haya sido actor, se sienta cuando menos un poco orgulloso, satisfecho y enamorado. Aun cuando no le guste demasiado hablar de sí mismo, es tan hermoso, agradable y consuela tanto girar la vista atrás, evocar momentos y recuerdos.

Como es sabido, los motivos que inducen a la lectura de obras autobiográficas son muchos. Dependen de los lectores, las circunstancias, y el momento.

Son el resultado de una curiosidad simple y pasajera, o el fruto de una mayor permanencia. Atienden a razones personales, pero, también, las hay externas y objetivables. En esta última categoría quedarían incluidos los trabajos que aquí se resumen, puesto que la lectura y el análisis de una obra autobiográfica, como queda dicho, fueron parte de los requisitos del curso. Algunos estudiantes de postgrado, se recordará, encontraron en la autobiografía un material útil para su futura investigación; otros, una perspectiva inédita y complementaria; otros, vinculados a su ciudad natal con afecto, indagaban el pasado local desde la óptica de la literatura memorialística. Este último impulso, el del amor a la patria chica, sin ser determinante, asomaba por los anteriormente comentados estudios sobre *Memorias de un pintor. La pintura española en el cambio del siglo XIX al XX, Del cuartel y de la manigua y Vida inquieta*.

Ampliar conocimientos sobre el pasado de la ciudad explicaba, sin lugar a dudas, que la elección de Ibarra Ollé hubiese recaído en *80 anys a l'escenari o al pati de butaques (1869-1949). Records de la meua vida*, de Francesc Ballester Castelló. En muchos de los recuerdos de este insigne ciudadano de Valls, es posible percibir la tensión entre individuo y sociedad, cuando el devenir de la ciudad transforma algunos de sus aspectos bajo los esfuerzos de un determinado esfuerzo individual y cuando éste se modifica bajo la acción de aquél. El título de la obra nos advierte ya del cambio de papeles que el paso de los años comporta: protagonista en el "escenario", espectador en el "patio de butacas". Tal como señala Ibarra Ollé, la lectura de este libro es de doble interés: porque es un documento excepcional que nos permite entender "la sociedad vallense de finales de siglo con sus característicos tics", personajes curiosos y tradiciones seculares"; y porque "estos mismos hechos y anécdotas nos ponen muy cerca la personalidad del propio autobiógrafo, Francesc Ballester i Castelló".

Finalizado el recorrido por los puntos esenciales que los alumnos de postgrado trataron en sus trabajos, ¿qué otra cosa queda por decir? Pues, añadir finalmente que los trabajos realizados incidieron en otros aspectos además de los aquí esbozados, por

ejemplo, en los binomios objetividad-subjetividad, y realidad-fantasia. La ausencia de linderos claros y definidos entre autobiografía y memorias fue otro comentario recurrente. Si volvemos la vista a los títulos de las obras analizadas se observará que, excepto el de Gertrude Stein, los demás omiten "autobiografía" por los más acogedores, flexibles y acomodaticios: "memorias", "recuerdos", "impresiones", "vida", "apuntes", "historia", "tiempo" —términos todos ellos que anuncian, tal como se ha expuesto, que la distancia entre el relato memorialista y la historia es menos cuando el recuerdo levanta acta notarial en función del medio que la envuelve.

## Notas

<sup>1</sup> Para una discusión sobre el tema puede consultarse por ejemplo el ya clásico R. G. Collingwood: *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.

<sup>2</sup> Véase, para una programación de cursos de historia de los Estados Unidos, William Bate and Frank Perry (ed.): *Handbook for the Study of The United States*. Washington, D.C., United States Information Agency, 1989.

<sup>3</sup> Karl J. Weintraub: "Autobiografía y conciencia histórica". *Suplementos Anthropos* 29. Diciembre, 1991, p. 24.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pp. 24-25.

<sup>5</sup> Véase Terry Eagleton: *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 11-28.

<sup>6</sup> Citado por George May: *La autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 215.

<sup>7</sup> Se trata de trabajos de curso sin publicar. Fueron redactados en catalán y la traducción de las citas es mía.

<sup>8</sup> May, op. cit., p. 77.

<sup>9</sup> La siguiente es la lista de títulos que se enumeran en el trabajo y que por su posible interés paso a reproducir: Weyler Nicolau: *Mi mando en Cuba* (Madrid, 1910, 5v); Francisco Arderius: *La escuadra española en Cuba. Diario de un testigo* (Barcelona, 1903); Manuel Corral: *El desastre. Memorias de un voluntario en la campaña* (Barcelona, 1899); Galindo Herrero: *El 98 de los que fueron a la guerra* (Madrid, 1955); Carlos Ría-Baja: *El desastre filipino. Memorias de un prisionero* (Barcelona, 1899); Felipe Trigo: *Las campañas filipinas (memorias de un soldado)* (Madrid, 1930); Josep Conagla Fontanilles: *Elegia d'una guerra* (Barcelona, 1904), *Memorias de mi juventud en Cuba durante la guerra separatista (1896-1898)*.